

¿Quién está cerca del corazón de Dios?



¿Quién tiene la simpatía de Dios? ¿Por quién debemos rezar especialmente? ¿Para quién debemos pedir la bendición de Dios?

Estamos en medio de los Juegos Olímpicos. Lo que vemos allí son los cuerpos más sanos del mundo, bellamente adornados con coloridas lycras y sonrisas juveniles. Los Juegos Olímpicos son una celebración de la salud. Independientemente de lo que pueda rodear o subyacer a estos juegos (comercialismo, ambición, drogas ilegales, lo que sea) nuestra primera reacción ante ellos puede ser sólo de bendición: "¡Guau! ¡Hermoso! Esto dice algo maravilloso sobre la vida y sobre Dios".

Además, lo que vemos allí no son sólo los atletas. Están rodeados de espectaculares recintos de mil millones de dólares, un país anfitrión que exhibe lo mejor de sí mismo, cadenas de televisión que envían una colorida cobertura a todo el mundo y, por todas partes, el despliegue cuidadosamente calculado de la juventud, la salud, la belleza y la opulencia, como si fueran sólo éstas las que hicieran girar el mundo.

Lamentablemente, la salud, la belleza y la riqueza no nacen igual, ni se distribuyen igual, ni se comparten igual. Si cambiamos uno o dos canales de la televisión, veremos todo lo contrario: canales de noticias repletos de imágenes de sufrimiento, pobreza, injusticia, hambre, devastación, millones de personas huyendo de la violencia, millones viviendo en la miseria y millones viviendo con poca

esperanza en nuestras fronteras. Y eso es sólo lo que vemos abiertamente en las noticias. Lo que no vemos son los millones de enfermos, los millones de desempleados, los millones de víctimas de la violencia y los abusos, los millones con problemas físicos y mentales de todo tipo, y los millones con enfermedades terminales que se enfrentan a una muerte inminente. ¿Qué dicen estas vidas y estos cuerpos comparados con las vidas y los cuerpos de nuestros atletas olímpicos? Una buena pregunta.

¿Cómo evaluar este contraste aparentemente amargo entre lo que vemos en los Juegos Olímpicos y lo que vemos en las noticias mundiales? ¿Dónde nos deja esto en términos de nuestra oración y simpatía? ¿Acaso el sufrimiento de los pobres empequeñece tanto espiritualmente la salud de los ricos que nuestros corazones y oraciones deben abarcar sólo a los pobres? Si es así, ¿no arrojaría esto una luz negativa sobre los maravillosos dones de la salud y la plenitud?

Podemos aprender algo aquí de las oraciones del ofertorio en una Eucaristía. En una Eucaristía, el sacerdote ofrece a Dios dos elementos que representan el pan, el vino y a nosotros, pidiendo a Dios que los bendiga a todos por igual. Representan dos aspectos muy diferentes de nuestro mundo y de nuestra vida. Citando a Pierre Teilhard de Chardin: "En cierto sentido, la verdadera sustancia que se consagra cada día es el desarrollo del mundo durante ese día: el pan simboliza adecuadamente lo que la creación consigue producir, el vino (la sangre) lo que la creación hace perder con el cansancio y el sufrimiento en el curso de ese esfuerzo".

En esencia, la oración del ofertorio pide una doble bendición, Dios de toda la creación, te ofrecemos hoy todo lo que hay en este mundo, tanto de alegría como de sufrimiento. Te ofrecemos el pan de los logros del mundo, al igual que te ofrecemos el vino de su fracaso, la sangre de todo lo que se aplasta cuando esos logros tienen lugar. Te ofrecemos a los poderosos de nuestro mundo, a nuestros ricos, a nuestros famosos, a nuestros deportistas, a nuestros artistas, a nuestras estrellas de cine, a nuestros empresarios, a nuestros jóvenes, a nuestros sanos y a todo lo que es creativo y está lleno de vida, aunque te ofrezcamos a los débiles, a los ancianos, a los aplastados, a los enfermos, a los moribundos y a las víctimas. Te ofrecemos todas las bellezas paganas, los placeres y las alegrías de esta vida, incluso cuando estamos contigo bajo la cruz, afirmando que el que está excluido del placer terrenal es la piedra angular de la comunidad. Te ofrecemos a los fuertes, junto con los débiles, pidiéndote que bendigas a ambos y que agrade nuestros corazones para que, como tú, puedan sostener y bendecir todo lo que es. Te ofrecemos tanto las maravillas como los dolores de este mundo, tu mundo".

Dios tiene un amor preferencial por los pobres, los que sufren, los enfermos y los débiles, y así debemos hacerlo nosotros. Nuestra fe nos asegura que los pobres entran en el Reino más fácilmente que los ricos y los fuertes. Sin embargo, si bien esto es cierto, no implica que de alguna manera sea malo ser acaudalado, sano y fuerte. Esto conlleva peligros, sin duda. Ser joven, sano, fuerte, físicamente atractivo y con talento es a menudo (aunque no siempre) una fórmula para un engrèvement que ve su propia vida como más especial que la de los demás. Pocas personas llevan bien los dones extraordinarios.

Sin embargo, a pesar de ello, debemos afirmar que Dios se alegra, positivamente, con orgullo y con satisfacción, de la vitalidad, de los lugares donde la vida es floreciente, sana, joven, con talento y físicamente atractiva. Dios sonríe a nuestros atletas olímpicos. El amor preferencial de Dios por los pobres no niega el amor de Dios por los fuertes. Como un buen padre, Dios se enorgullece de sus hijos superdotados, aunque tiene un afecto especial por el hijo que sufre.

En cada Eucaristía, bendecimos a ambos, a nuestros atletas olímpicos y a nuestros refugiados en nuestras fronteras.

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/quien-esta-cerca-del-corazon-de-dios